

Cierto redactor de un periódico de La Habana ha celebrado una larga entrevista con Blasco Ibáñez.

Transcribimos una parte de ella por el interés que siempre despiertan las declaraciones del eminente novelista.

“Apenas necesité yo preguntar. Una vez esbozada la curiosidad de un tema, el gallardo novelador se explaya ampliamente sobre él con lujo de pormenores. Habla de la cinematografía. Gran arte. Nadie como los yanquis para él; tienen la inspiración, la iniciativa valerosa, el exacto concepto técnico; tienen, sobre todo, el mercado.

—¡Pero si es una cosa pasmosa! ¡Sabe usted a cuánto asciende la producción mensual de películas! ¡Pues a doscientas mensuales! ¡Sabe usted cuántas «consumen» los Estados Unidos, ellos solos? ¡Pues unas ciento ochenta...! Imagínese. El presupuesto anual para impresiones cinematográficas en los Estados Unidos es de 500 millones. ¿Quién compite?

Blasco Ibáñez habla estadísticamente. Se ve en él la fruición voluptuosa de avalorar, el amor a la cantidad, a la magnitud. El tema le conquista. Habla del cinematógrafo «privado» que se ha hecho construir en su villa Fontana Rosa, junto a la costa gala del Mare Nostrum. Habla de los actores jóvenes que él ha «lanzado». Rodolfo Valentino —niñas— es criatura suya. Navarro, el efebo de agua de azahar, también le debe los laureles.

—¡Valentino! ¡Pero si Valentino no era más que un «chinito» desconocido cuando yo le tomé! Ahora, ya ven ustedes, tiene una fortuna. ¡Y eso que no le dejan trabajar, en castigo por cierta trapisonda! Pero no importa; sigue haciendo dinero. Se exhibe anunciando una crema mineral para el cutis... Y el Navarro no era más que un chico llamado Samaniego, a quien se le cambió el nombre para que los americanos lo pudieran pronunciar...

—Y a usted ¿le interesa el cine?

—¡A mí...! ¡Hombre!... Claro; a mí lo que me interesa es la novela. Pero mire usted, por el film de Los cuatro jinetes me dieron doscientos mil pesos... Usted dirá...

Pero yo no diré nada, lectores míos. Blasco Ibáñez lo dice todo. Habla incesantemente, habla, habla... Un miembro de la colonia valenciana le escucha con los labios entreabiertos y húmedos. No sé si por impulso de humanidad, para procurarle un reposo, alguien ofrece al novelista un cigarro. No fuma. La aorta se le inflama un día con la excitación de tanta nicotina. Ya los habaneros no le bastaban: tagarninas de a cuarto habían de ser; y una vez, en un cabaret de Montmartre, el smoking de caballero que vestía no supo infundir consideración a una dama sensitiva, alarmada por la plebeya humareda del escritor. Cuando el último viaje a América, rumbo a Cuba, dejó de fumar...

La pregunta inevitable no se hizo esperar. Como hace tres años, alguien preguntó: «Don Vicente, ¿cuál es su novela favorita?». Y, como hace tres años, don Vicente ha respondido: «¡La próxima!». Yo insinué una leve protesta:

—En fin, maestro, alguna preferirá de las que tiene ya escritas.

—No, señor. Me he olvidado de ellas. Esto es esencial, créamelo usted.

Lo primero que tiene que hacer un novelista es no acordarse más de lo que ya tiene hecho. Es la única manera de no repetirse. Por otra parte, yo siempre prefiero lo que está por delante, ¿sabe? El pasado no me interesa. ¡El porvenir, el porvenir! Hay que avanzar siempre: la

vida siempre está enfrente... Yo no le sabría decir siquiera cuántas novelas tengo escritas, tendría que contarlas.

—¿...?

—¿Mi éxito más rotundo? Pues tampoco sé... *Los cuatro jinetes*, quizás. Y, sin embargo, aquello me dio trescientos pesos. Los derechos de traducción, se entiende...

—¿...?

—¡Ah! Aquello fue de lo más singular. Algún día he de contar yo la historia de ese libro mío. Sí, todo fue como yo se lo contaba a Gómez Carrillo, en la carta que usted leyó. Aún no habían entrado los yanquis en la guerra. Allá en Madrid se presentó una señora que apenas hablaba el castellano; pero conocía y escribía bien el inglés. Se había alojado en una casa de huéspedes de otra señora semiliteraria, y estaba pasando mil estrecheces. Ella quería traducir algún libro para ir ayudándose. La amiga pensó en *Los jinetes*, que entonces se estaban dando a la publicidad por primera vez desde el folletín del *Heraldo de Madrid*. La señora, en efecto, se decidió, y vino a mí, muy lacrimosa. «Sí, señora: llévesela usted... ¿Trescientos pesos? ¡Bueno!» ¡Como si no me hubiera dado nada! Yo no había sido introducido aún a los Estados Unidos, y la idea me halagó. Se tradujo la obra. Rechazábanla los editores yanquis: «¡Un libro de la guerra!... No, gracias». Hasta que, de uno en uno, la traductora llegó a Mr. Dutton, que alguna vez había leído algo mío en francés. «Blasco Ibáñez, "you say... All right". Traiga la obra. A ver». Y la trajo. Y fueron primero seis mil ejemplares. Y luego otros tantos al cabo del mes. Y luego..., ¡qué sé yo! Hasta que Dutton, hombre listo, comprendió que aquello andaba solo... Era una máquina que no necesitaba más que vapor. Entonces vino aquella campaña de anuncios formidables que usted vio. Y yo, ¡pasmado! A los pocos meses me hallaba célebre, de la noche a la mañana, como quien dice. Fue un éxito estupendo, estupendo...

—Usted y Tut-Ank-Ahmen...

Blasco me interrumpe.

—Y un día, en Montecarlo (el único hombre que ha ganado en Montecarlo he sido yo), un representante de empresas cinematográficas me ofrecía así, de buenas a primeras, doscientos mil pesos por el «escenario». A mí me pareció que soñaba. Me pellizqué. Le dije... que lo pensaría. Al día siguiente, trato hecho. Y ahora... psh... ¡qué quiere usted!..., vivo bien... Estoy rico. He capitalizado un millonaje para cada uno de mis tres hijos, y lo que gane en lo sucesivo, a gastarlo. Sí, hombre; cualquier beata lo sabe: el fin de la vida es la muerte. Lo demás, no vale la pena.

Blasco debió adivinar entre los circunstantes alguna mirada socialista. Varios insinuábamos como una sonrisilla de pudor herido, como un escrúpulo de envidiosa pobreza; y no sé quién traicionó el pensamiento común con un protector:

—Claro, hombre, tiene razón en explotar su talento, digan lo que digan...

Vivamente, el rico hombre de letras repuso:

—Pero esto es ahora, ¿sabe? Yo no empecé a ganar dinero hasta después de los cuarenta. Toda mi juventud fui un pobre diablo, que no tenía dónde caerme muerto. ¡Las pasé muy duras! Fui periodista por... cuarenta duros al mes; nominales, que no siempre los pagaban. Por defender la independencia de Cuba, siguiendo a mi maestro Pi y Margall, estuve en presidio, muy rapado, con mi trochana de rayadillo... ¡Ah, amigos, no fue agua de rosas!... Y ahora, cuando vuelva a España, después de mi vuelta al mundo, constituiré un fondo de dos millones de pesetas para premiar todos los años la mejor novela por un escritor joven de habla española.

—Novela que luego publicará la casa Prometeo —malicié yo tímidamente.

Blasco desarmó mi ironía con una ingenuidad encantadora. Él ya no tenía nada que ver económicamente con la casa editorial que fundara. Una influencia moral, apenas. No. Aquello sería cosa de administración especial y privada.

En el Sevilla, entre tragos de café con leche, que se me enfriaba, entre paréntesis, cálidamente admirativos de mil visitantes, entre cuartillas propias y ajenas, sometí al pobre hombre célebre a una inquisición, que él acogió con indulgente *bonhomie*. Fue, durante más de una hora, el imperio inexorable de aquello que Baudelaire llamó «la bárbara necedad de la pregunta, como medio de averiguación de la verdad». Pero en aquel momento, yo no era yo, sino un periodista.

¿La situación europea? Un caos de intereses, de exigencias, de principios. Inglaterra por su lado, pretendiendo mantener alta su moneda, y al mismo tiempo vender... Por su lado Francia, alegando que para algo ganó la guerra, queriendo levantar a Alemania y temiendo que Alemania se levante... En Italia, Mussolini, un barbero que está de paso; un pobre diablo de Lloyd George, juglar de las palabras, orador, predicando de boquilla la decadencia de la democracia... Los Estados Unidos, no sabiendo si atenerse al absurdo aquel de «¡ahí queda eso!», o bien reconciliarse con el wilsonismo, como ya opereta, lleno de lugares comunes, quieren hasta muchos republicanos...